

avel·lí artís-gener

*

palabras de opoton el viejo
(crónica mexicana del siglo xvi)



siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

INTRODUCCIÓN*

Casi me tenía sin cuidado la posibilidad de que me descubriera en el persistente examen, porque andaba extraviado en una inextricable selva de pensamientos, perdida toda noción de norte y de camino, y pretendía hallar en él aunque fuese fragmentaria respuesta en sus gestos o, como entonces, en su letárgica inmovilidad. Me preguntaba qué tanto habría recibido en herencia de sus antepasados, aparte del color de la piel y las inconfundibles facciones. ¿También habrían tenido aquel poder de abstracción, aquella facilidad para alejarse súbitamente de una plática y quedarse de pronto, sin transición, sumidos en el pozo de lo esotérico, con un rictus muy parecido a la sonrisa esbozado en los labios?

Sabemos bastante acerca de la vida cotidiana de estos pueblos antes de la llegada de la ruidosa ola llamada colonizadora. Ahí están sus obras y sus palabras, y las estudiamos una y mil veces. En apariencia nos llevan ante un cuadro muy completo. Pero siempre falta la pieza clave, que no nos la puede dar un antropólogo sino un psicólogo. ¿Cuál era su carácter, cuál era su temperamento? Podemos deducirlo parcialmente, pero sólo esto. E interpretarlo a placer, pres-

* El autor escribió este prefacio en 1945. Tiene clara conciencia de que desde entonces hasta la fecha se han producido infinidad de cambios, que forman una sorprendente variedad de aspectos. El autor ha visitado repetidamente Tepoztlán, Morelos, y es testigo de cómo el pueblito de 1945 ha dejado paso a un imponente núcleo urbano. El lenguaje coloquial, las costumbres y la vida en general hablan de un Tepoztlán que para el lector de hoy podría ser irreconocible. Pero mis líneas reflejan un hábitat y una vida social vivos y legítimos. Por ello es por lo que, ahora, puesto a editar por vez primera mi versión original en la lengua de México, la nostalgia y un deje de ternura me empujan a dejar tal cual unas palabras que, si a la sazón me parecieron justas, también creo que lo son hoy. No hace falta añadir ninguna inflamada declaración de amor a México ni manifestar que jamás he visto a un indígena con mirada discriminatoria. Son valores conocidos de sobra. Y si en mi familiaridad coloquial abundan diminutivos, no son otra cosa que expresiones afectuosas siempre desprovistas de carga peyorativa o derogativa.

cindiendo de la base de la solidez. Sin embargo, la palabra definitiva la pronunciaría, como dije, un psicólogo. Coetáneo, añadido. Éste, en esquema, era el laberinto en que me había extraviado mientras contemplaba a mi buen Daniel Ramírez, a su vez absorto en la observación del paisaje desde la cima del Tepozteco, un cuadro que le era absolutamente familiar y que, no obstante, miraba con avidez de novicio.

Habrían bautizado a algún antepasado suyo —Juan, o José, o Pedro— y alguien, muy magnánimo, le habría concedido un apellido, el de Ramírez en su caso, falso de toda falsedad ya desde un principio porque Ramírez quiere decir hijo de Ramiro y en aquella época no había Ramiro alguno en el panorama, por lo menos capaz de haber ejercido una paternidad retroactiva. Y el Ramírez liberalmente otorgado habría brincado de generación en generación hasta instalarse en mi amigo. Quien, sin embargo, no había olvidado que su auténtico nombre de familia era el de Opoton.

Que nadie crea que mi amigo Daniel prefería llamarse Ramírez por escrúpulos de llevar el apelativo de Opoton, que en castellano es *hedor*. Puede ser que hoy y entre nosotros resultara incómodo llamarse pestilencia o fetidez (“Tengo el placer de presentarte a mi amigo, el licenciado Hediondo Gómez”), pero entre los antiguos mexicas el hecho carecía de importancia. Somos nosotros, con nuestro ridículo bagaje de verticalidad, quienes se la concedemos. Gazmoños e hipócritas, fruncimos la nariz ante cualquier presencia, por leve que sea, de escatología. ¡Fuchi! ¡Ay, no! Hemos hecho un tabú de lo fisiológico y sólo lo violamos a la hora de contar chascarrillos los cuales, desde tiempos inmemoriales, mueven a risa loca si hablan de caca. Pero no siempre ha sido así, por lo menos en no todas las latitudes. Sirva un solo ejemplo: el acto de la confesión entre los antiguos mexicas —tremendamente semejante al que se practica en la religión católica— era llamado *tlaelquani*, “comerse los propios excrementos”. Pero, ¡cuidado!, no frunzamos la nariz. Penetremos antes el profundo sentido filosófico de la frase, reducida a un solo vocablo en náhuatl. En el que está presente todo el deleite inconsciente, todo el morboso placer de revivir, contándolos, los pecados.

Nuestra actitud de rechazo se debe, en éste y en muchísimos otros casos, a la convicción de que Europa nos ha lega-

do tanto y tanto, que somos la flor y nata del género humano. Y es una presunción estúpida. Nos esperan buenas sorpresas el día que nos pongamos a asolear la ropa sucia de Grecia y Roma. Solemos acercarnos a las antiguas culturas americanas retacados de prejuicios y soltamos pródigamente el adjetivo de bárbaro a diestra y siniestra, arriba y abajo. Vale la pena, sin embargo, despojarnos de la recamada casaca, encaramarnos al muro y observar —en silencio, de momento— el panorama. Que luego se vuelve aleccionador. Sí: recompensa con creces el esfuerzo de arrojar la pedante vestidura. Junto con la casaca, sería una sabia precaución tirar a la basura el metro de platino e iridio que se guarda en el sagrario de Breteuil, en Sèvres. Porque aquí hay que medir con otra vara. Como lo hicieron Alexander von Humboldt y Laurette Séjourné, para citar sólo dos ejemplos contundentes.

Una azarosa casualidad me acercó al náhuatl y el náhuatl me aproximó a Daniel Ramírez. Trataré de contarlo. Una curiosidad innata por el papel impreso me hace leer cuanto caiga en mis manos, lo que sea, un libro, un boleto de tranvía o un folleto publicitario. Una vez tropecé con una cartilla escolar en náhuatl y me puse a hojearla, interesado. Algunas voces iban ilustradas con dibujos muy sencillos y, de golpe, me quedé asombrado: debajo de una figura de mariposa estaba la palabra *papalotl*. En seguida me acordé del papalote y del Papaloapan. Claro: *papalotl*, mariposa. Todo encajaba. Pero el asombro se debía a otra cuestión: mariposa, en catalán, es *papallona*. Y *papallona* se parece extraordinariamente a *papalotl*. *Papallona*, como *papillon*, derivados del *papilio*, *papilionis* latino. ¿Luego, también *papalotl*? No: esto no era posible. O lo reducía a una simple coincidencia —línea de esfuerzo mínimo— o trataba de seguir el vuelo de aquella mariposa ladina y latina. ¿Sobre qué tierra había paseado su caracoleado vuelo? ¿Acaso por encima de la hipotética Atlántida? ¿O por el no menos inverosímil camino del intrépido Vitus Jonassen Bering? Pronto tuve que rendirme a la evidencia de mi nula capacidad investigadora; era una tarea infinitamente superior a mis limitadas luces.

Algo había ganado, no obstante: primero, el descubrimiento del náhuatl. Y luego, un creciente amor por la lengua, maltratada como la mía misma durante siglos enteros y viva y resistente a todos los embates adversos. Empecé a

estudiar náhuatl con progresiva pasión a medida que avanzaba por los vericuetos del eufónico idioma. (A medida que, más o menos, saltaba por encima de las arterosas trampas de los sonidos aspirados, la traidora hache velar y los grupos de consonantes africadas, como el *tz* o el *tl*, insólitos en el castellano a pesar de que este último, el *tl*, aparezca alguna vez en palabras de origen griego, como atlas y atlántico y cuya emisión fonética ni siquiera alcanza la calidad de parodia del *tl* náhuatl.) Y de nuevo estoy cerca de Daniel Ramírez: con él, por otra casualidad, vine a completar mis clases de náhuatl. Me eran impartidas con irreprochable pedagogía, pero cuando conocí a Daniel y descubrí luego que su lengua materna era el náhuatl, pude apreciar el fabuloso interés del idioma al ser observado en plano coloquial. Aprendí de viva voz buena parte de la ductilidad funcional de la lengua, sus sutilezas e interjecciones, su adaptación a nuestro tiempo admitiendo, amasando e incorporando voces nuevas, cosas, en fin, que no estaban en la rigidez didáctica del primer maestro. Además —quizás esto, en el fondo, era lo más importante— sentí que avanzaba en marcha paralela hacia el conocimiento del idioma y de mi amigo Daniel. Me fascinaban los descubrimientos en ambos territorios. Y la relación con Daniel fue cada día más profunda y mejor y ahora, puesto a hablar en pasado porque me refiero a un periodo de diez o doce años atrás, siento nostalgia del náhuatl que ya no puedo leer ni practicar y de mi amigo, el entrañable Daniel Ramírez.

Era —es, quiero decir; estoy seguro que lo encontraría hoy mismo en Tepoztlán— robusto, de talla mediana. Le decía “ven, chaparro” y respondía “ahí voy, grandote”, reduciéndome con el solo adjetivo a mi estatura real, no mucho más elevada que la suya, honestamente hablando. Un eterno sombrero de palma, prensado y almidonado en sus buenos tiempos y pura hilacha ahora, cubre ambas, la hirsuta y negra cabellera y la dolicocefalia. Su rostro se parece extraordinariamente al de una estatuilla antropomorfa cultural funeraria teotihuacana, que guardo celosamente. En todo, incluso en el color y la textura. Es sorprendente que los pequeños ojos puedan aportar tal cantidad de vivacidad a su rostro. Son unos ojos escrutadores, semiabiertos o semicerrados —también en eso hay opiniones— iguales a incisiones